

SIMPATÍA Y ESPECTÁCULO EN LA MORAL DE DAVID HUME

ÁNGELA CALVO DE SAAVEDRA*

RESUMEN

La investigación humeana acerca de los principios de la moral parte de la pasión como motivo de la acción y al mismo tiempo pretende que su valoración ha de guiarse por la utilidad. Si bien son dos afirmaciones difíciles de combinar, la tesis del presente estudio es que la posibilidad de tender un puente entre la aspiración a la felicidad privada y el interés por el bienestar público está anclada, en su origen, en el sentimiento de benevolencia que el autor descubre como principio original de la mente, pero logra sus efectos solamente en virtud de la fuerza de la simpatía y del espectáculo de la vida social y la conversación.

Así, la moralidad -como posibilidad de realización de distinciones morales, de aprobar o censurar desde el punto de vista del espectador- se articula y afina en el flujo incesante de contaminación y contagio de afecciones.

* Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá, Colombia.

En general podemos decir que las mentes de los hombres son espejos unas de otras, y esto no sólo porque cada una de ellas refleja las emociones de las demás, sino también porque la irradiación de las pasiones, sentimientos y opiniones puede ser en muchas ocasiones reverberada e ir decayendo por grados imperceptibles.

David Hume

EL presente artículo se ubica en el margen de la inquietud suscitada por dos afirmaciones de David Hume. La primera: "*La razón es y sólo debe ser, esclava de las pasiones y no puede pretender otro oficio que el de servir las y obedecerlas*"¹, referida tanto al ámbito del conocimiento como al de la moral, si bien nos limitaremos en la presente indagación a este último. La segunda: "*Parece tan natural la idea de que la alabanza que hacemos de las virtudes sociales se debe a su utilidad, que uno espera encontrarse con este principio en todas las obras de los que escriben sobre moral, como fundamento capital de todos sus razonamientos e investigaciones*"².

El recorrido a través del campo abierto por estas dos tesis (cuya vinculación no se atiende a primera vista al principio humeano de la transición fácil entre ideas por obra de la imaginación), habrá de pasar por la determinación que Hume hace del fenómeno moral y del ámbito de la pregunta por su fundamento (I) -origen-, transitando hacia el carácter maquínico de las operaciones de la mente como espectadora del abigarrado escenario de las conductas y caracteres humanos (II)³. Se tratará entonces de pensar el poder de la simpatía y el espectáculo como puentes entre el deseo de felicidad y el benevolente interés por el bienestar de la sociedad humana; la hipótesis del presente texto es, mostrar que constituyen asimismo los hilos con los que se teje la investigación moral de Hume.

¹ HUME, DAVID, *Tratado*, I, II, III, 3 SB 415.

² HUME, DAVID, *Investigación sobre los principios de la moral*. Sc. V, parte I, SB 172.

³ Curiosamente, a este carácter maquínico de las operaciones mentales Hume lo califica como natural por ser una ficción.

La *simpatía* que hace que "a cualquier parte donde vayamos, sobre cualquier cosa que reflexionemos o conversemos, todo se nos presente también bajo el aspecto de la felicidad o de la miseria humana y excite en nuestro corazón un movimiento simpático de placer o de desasosiego"⁴ y, la *representación* del espacio público y privado del actuar como escenario, como el amplio teatro que va dando forma a esa contingencia que podemos llamar naturaleza humana, en virtud de que "en el teatro todo movimiento se comunica como por arte de magia a los espectadores, los cuales lloran, tiemblan, se ofenden, se regocijan o son inflamados por todas las pasiones que mueven a los diferentes personajes del drama"⁵, son principios que prometen dar cuenta del tinglado de la más perfecta moral que conocemos a partir de la experiencia cotidiana⁶. En este tinglado se puede hacer aparecer la utilidad como un medio catalizador, un esfuerzo mediado por la razón y la reflexión para atemperar el impulso de las pasiones y facilitar la irónica convivencia social.

I

EL punto de partida experimental de la investigación humeana es un dato incuestionable, la realidad de que los hombres, en todas las épocas y en cualquier circunstancia, realizan distinciones morales, valga decir, son afectados de tal forma por los caracteres y las acciones propias y ajenas, que se ven conducidos a la alabanza y estimación o a la reprobación y la censura. "Que existe una diferencia natural entre mérito y demérito, virtud y vicio, sabiduría y locura, no lo negará ningún hombre razonable (...)"⁷. La definición de virtud es precisamente esa cualidad agradable o aprobada por todos los que la contemplan. El vicio, se referirá a las cualidades desagradables y reprobadas por todos. Quienes la niegan

4 *Ibidem*, Sc. V, parte II, SB 180.

5 *Ibidem*..

6 *Ibidem*. Sc. IX, parte I, SB 225.

7 HUME, DAVID, "De la dignidad o miseria de la naturaleza humana" SB 152, en *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Anthropos, Barcelona, 1990.

son calificados por Hume de partida como "disputantes de mala fe"⁸.

Aquello que verdaderamente le interesa examinar es el fundamento de esas distinciones morales, es decir, de la moral; su pregunta está claramente orientada al origen de la expresión de aprobación o censura que el espectáculo de la vida social suscita en los hombres. Influenciado por la postura de Hutchenson, quien enfatiza la necesidad de pensar los juicios morales como experiencia de facto a la que nos vemos llevados por la cuidadosa manufactura de nuestra naturaleza, Hume aborda la cuestión estableciendo dos posibles motores: la razón o la pasión.

Para comprender el desarrollo del problema, es preciso tratar de delimitar el sentido de los términos en Hume, sabiendo de antemano que jamás es posible lograrlo en forma definitiva, pues son ambiguos y polisémicos. Cuando habla de pasión, ésta cubre todo tipo de sentimientos, emociones, apetitos corporales, tendencias y afecciones de la mente humana y animal. El uso del término razón es aún más complicado, en tanto se mira a la vez como principio y como facultad encargada de realizar procesos (razonamiento); en su sentido más usado podría entenderse como la facultad encargada del discernimiento de la verdad o falsedad, que se ejerce bien mediante razonamiento abstracto -relación entre ideas-, bien por razonamiento probable -en cuestiones de hecho-.

Así establecidos los dos posibles móviles, se pueden clarificar las coordenadas de la controversia "sobre si los fundamentos generales de la moral derivan de la razón o del sentimiento; si logramos conocerlos por una cadena de argumento e inducción o por sentimiento inmediato y un sentido interno más fino; si, como todo juicio legítimo de verdad o falsedad, deben ser los mismos para todo ser racional inteligente o si, como la percepción de la belleza o la fealdad, deben fundarse en la particular constitución y textura de la especie humana"⁹.

⁸ *Investigación*, Sc. I, SB 133.

⁹ *Ibidem*. Sc. I, I SB 134.

Dada la orientación de la presente indagación, ajena a la pretensión de reconstruir o justificar la respuesta que el autor da a la cuestión, ésta se puede enunciar de antemano: es claro que Hume no es un racionalista, pero sería inútil pretenderlo un hedonista. A su juicio, tanto la razón como el sentimiento se hallan presentes en casi todos nuestros juicios morales. Lo sugestivo es tratar de abordar la especificidad del oficio de cada uno. Lo haremos guiados por la pregunta que irrumpe en la mitad de su investigación sobre la moral¹⁰: "¿por qué la utilidad agrada?", que interpretaremos como intersticio y artificio utilizado por el autor para enfatizar que las distinciones morales no son producto de un proceso de razonamiento que controlaría las pasiones, sino un automatismo de la mente, una secreta treta de la constitución de la especie, que experimentalmente muestra que la mera conveniencia racional de algo no es motivo suficiente para desearlo y perseguirlo.

La pasión es un hecho original, completo en sí mismo que no revela ninguna relación con otras pasiones o con la realidad, de la cual se pueda decir que es verdadera o falsa; en cada situación humana, cuando tenemos la escena completa, el conjunto de circunstancias delante de la mente, instintivamente sentimos una nueva impresión de afecto o repulsión, aprobación o censura; es una cuestión factual que no se somete a indagación, sino se siente. Por lo anterior, es claro que no es producida por la razón. Tampoco entonces la razón puede gobernar la pasión, pues ella sola está encargada de determinar los fines de la conducta y dar la energía para alcanzarlos.

Parece evidente que los fines últimos de las acciones humanas en ningún caso, jamás pueden ser explicados por la razón, sino que se recomiendan a sí mismos enteramente a los sentimientos y a las afecciones de la humanidad sin ninguna dependencia de las facultades intelectuales¹¹.

En un intento de mayor precisión, Hume va a diferenciar en las pasiones la causa y el objeto; la primera es aquello que excita la emoción; el segundo es aquello a que la mente dirige su mirada

¹⁰ Título de la Sc V.

¹¹ *Ibidem*. Apéndice SB 244.

cuando la emoción es excitada; es allí donde se hace visible la importancia del placer y el dolor, no como aquello que perseguimos en las valoraciones, sino como la causa eficiente de ellas. La característica fundamental de todo bien -natural, estético o moral-, es que es inmediatamente agradable, en tanto es contemplado a partir de una pasión, determinada por nuestra constitución: "La aprobación o censura que sobreviene no puede ser obra del juicio sino del corazón y no se trata de una proposición o afirmación especulativa sino de un activo sentimiento"¹².

Ahora bien, la obra de la razón también resulta significativa, sobre todo en las llamadas virtudes sociales o artificiales -justicia, integridad, honestidad- en tanto que ellas son alabadas en virtud de la utilidad y reconocer, descubrir su utilidad tanto privada como pública es cuestión de reflexión. La aprobación de un acto justo no es reductible al impulso de una pasión simple, si bien en último término su fundamento sí es pasional; el sentimiento que la hace agradable resulta mediado por la razón, en tanto se requiere ajustar las diversas y conflictivas pasiones humanas a los requerimientos de la vida social. Las pasiones son infinitamente variables, lábiles y susceptibles de mutua contaminación; la fácil transición de la imaginación tiene poderosa influencia en ellas, de modo que ideas y sentimientos se ayudan mutuamente, permitiendo variaciones de intensidad entre pasiones apacibles y violentas, así como de eficacia en la determinación del actuar -pasiones débiles y fuertes-. En la *Disertación sobre las pasiones* Hume se dedica con cuidado y minucia, ya que es imposible analizar las pasiones por su carácter atómico, indivisible, totalmente simple, a describir ese campo de fuerza, de mutuo rebote, contagio, contaminación, superposición y reforzamiento que constituye su libre juego.

Circunstancias propicias a ello, son: (a) la simultánea presentación en la mente de dos pasiones, caso en el cual la dominante torna a la otra un apéndice de sí misma: "los espíritus, una vez excitados, reciben con facilidad un cambio en su dirección y es natural que este cambio procederá de la pasión dominante"¹³, (b) la

¹² *Ibidem.* SB 240.

¹³ *Disertación sobre las pasiones*, Sc VI, p. 143, SB 163.

coexistencia de pasiones independientes que al mezclarse se transforman naturalmente en otras, y especialmente cuando son contrarias, la tercera que emerge va cargada con la fuerza de las dos anteriores, (c) la oposición externa, la incertidumbre y la novedad avivan de forma asombrosa el placer y dolor que naturalmente podría experimentarse ante una situación, (d) la proximidad de la acción o del actor con nuestros territorios vitales y emocionales nos suscita una pasión de mayor intensidad que aquello percibido como distante.

La virtud, a distancia, es como una estrella fija que, aunque al ojo de la razón pueda parecer tan luminosa como el sol en su meridiano, está infinitamente alejada para tocar a los sentidos con su luz y calor. Si aproximamos esta virtud, por nuestro conocimiento o relación con estas personas o aún por elocuente relato del caso, se conmueven inmediatamente nuestros corazones(...)14.

La naturaleza ha ordenado las cosas de tal manera que si bien el juicio mediado por la razón sea capaz de corregir -o por lo menos lo intente- las desigualdades, en los ímpetus del yo pasional debidas a la proximidad o lejanía de la escena de la virtud, su efecto, las consideraciones que tienen en cuenta lo general, que se acercan a la valoración habitual, nunca prevalezcan sobre el sentimiento15.

En el contexto anterior, cobra especial relevancia un uso del término razón en la *Disertación* humeana como consideración apacible (*calm regard*)16.

Lo que comúnmente, en un sentido popular es llamado razón y se recomienda tanto en los discursos morales no es sino una pasión general y apacible, la cual adopta una visión distante y comprensiva de su objeto, e impulsa a la voluntad sin provocar ninguna emoción perceptible (...) un hombre se adhiere a la justicia o a un carácter de acuerdo consigo mismo y con otros por causa de la razón, esto es, por una consideración apacible del bien público.

14 *Investigación*, Sc. V, 2a. parte, SB 187.

15 Cfr. *Ibidem*. SB 186-187.

16 *Disertación sobre las pasiones*, Sc. V.2. SB 162.

Si asumimos que todos los hombres desean la felicidad y al mismo tiempo constatamos cuán pocos la logran, es preciso afirmar la importancia que la fuerza de espíritu tiene en esa búsqueda, como esa capacidad de poner pausa a la inmediatez de la pasión, de ampliar el horizonte de mira de placer y el goce, de decidir con serenidad, estableciendo ciertas reglas de preferencia, algunas resoluciones generales, podríamos decir, un carácter, esa dignidad que nos hace inmediatamente agradables a nosotros mismos y a los espectadores.

Hasta aquí, sin embargo, Hume no ha aclarado la fuerza de su afirmación final del Apéndice I de la *Investigación*:

Así, los distintos límites y oficios de la razón y el gusto son fácilmente determinados. la primera lleva al conocimiento de la verdad y la falsedad, el último procura el sentimiento de belleza o fealdad, de vicio o de virtud. Uno descubre a los objetos tal como ellos realmente están en la naturaleza sin adición o disminución; el otro posee una facultad productiva que al dar brillo o al mancillar todos los objetos con los colores que toma de un sentimiento interno, hace surgir en cierto modo, una nueva creación. Como la razón es fría e indiferente, no es un motivo de la acción y sólo dirige el impulso recibido del apetito o de la inclinación mostrándonos los medios de lograr la felicidad y de eludir la miseria y el gusto, al dar placer o dolor, y constituir por este medio la felicidad o la miseria, llega a ser un motivo para la acción y es el primer resorte o impulso para el deseo y la volición¹⁷.

Será preciso indagar ahora por algún principio natural, -no aprendido- que logre fundar nuestras apreciaciones morales, es decir que permita ver las virtudes como bellas y amables e involucre nuestros afectos en su persecución. Teniendo en cuenta que los sentimientos morales son un tipo especial de afección -secundaria, directa y apacible-, que surgen en nosotros como espectadores de la contemplación de una cualidad habitual en un carácter que se revela en acciones y sentimientos, se pregunta Hume si se fundan en el egoísmo, aun con la apariencia de una contemplación desinteresada. Si bien excusa de antemano a los que imaginaron el origen del interés por lo público como un derivado del interés propio,

¹⁷ *Investigación*, Apéndice I SB 246.

propone ahora, para salir de dudas y ambigüedades, aplicar "el experimento crucial" del método baconiano: buscar hechos que contradigan la tesis del egoísmo como origen de las valoraciones morales. Por este camino descubre que con frecuencia no sólo no hay coincidencia entre nuestro interés egoísta y nuestras apreciaciones o sentimientos morales; incluso en algunos casos existe una abierta contradicción entre ellos. Su búsqueda lo llevará finalmente a la afirmación de la existencia del carácter humanitario, un afecto más público entendido como la imposibilidad de la total indiferencia de un individuo para con sus congéneres. Con ello, excluye la explicación de todo principio moral por el amor a sí mismo.

II

LAS distinciones morales -aprobación o censura realizadas por el espectador- determinan todo lo que puede ser valioso en una persona en términos de la posesión de cualidades mentales útiles o agradables a la persona misma o a los demás. El agrado es inmediato, como se vio al hablar de las pasiones; la utilidad es mediada, pero igualmente en su caso la razón lo único que puede hacer es tocar un afecto para hacer que agrade;

(...)la utilidad es sólo una tendencia hacia un cierto fin y es una contradicción en los términos que algo agrade como medio para un fin si el fin mismo de ningún modo nos afecta. Por tanto, si la utilidad es una fuente del sentimiento moral y si ésta no es siempre considerada con referencia hacia el yo, se sigue que todo lo que contribuye a la felicidad de la sociedad se recomienda directamente a nuestra aprobación y buena voluntad¹⁸.

En ambos casos, se hace evidente el principio que explica el origen de la moralidad: el sentimiento humanitario. Hasta aquí va la indagación por los principios -origen-, pues es perversión filosófica pretender siempre ir más allá de aquellas constataciones que dejan suficientemente tranquilo al espíritu mundano.

No es necesario extender nuestras investigaciones hasta el punto de preguntar por qué tenemos carácter humanitario o sentimiento de semejanza para con los demás (*fellow-feeling*). Es suficiente con

¹⁸ *Ibidem*. Sc. V, SB 178.

que se experimente como constituyendo un principio de la naturaleza humana. (...) Ningún hombre es absolutamente indiferente de la felicidad y de la miseria de los demás. Lo primero tiende a darle placer, lo segundo dolor. Cada uno puede ver esto en sí mismo. Y no es probable que estos principios puedan ser reducidos a otros más simples y universales (...) pero aún si fuera posible, ello no pertenece al tema que nos ocupa, de modo que aquí podemos, con seguridad, considerar estos principios como originales¹⁹.

El giro que da la *Investigación*, hacia las consecuencias del establecimiento del carácter humanitario es justificado por considerarlo el tema propiamente filosófico de una investigación sobre la moral. Es aquí donde sitúa en primer plano la simpatía, ese añadido espontáneo de placer o dolor que se pone en nuestro contacto con la felicidad o la miseria de nuestros semejantes.

La simpatía no es una pasión o una emoción, de la misma manera que la creencia no es una impresión o una idea. Simpatía en el ámbito moral y creencia en el ámbito del entendimiento se refieren a la forma peculiarmente vivaz como se experimentan ciertas pasiones e impresiones.

Si consideramos la mente humana, observaremos que en lo que respecta a las pasiones, no es similar a un instrumento de vientos que, al pasar todas las notas, pierde inmediatamente su sonido cuando el soplido cesa; sino que se parece más a un instrumento de cuerda, en el cual, después de cada pulsación, las vibraciones siguen manteniendo algún sonido²⁰.

Será la simpatía la que atenta a esas vibraciones sutiles, pone acentos, puntúa, aviva el diapasón de la propia mente, haciendo que la miseria y la felicidad de otros en sus efectos (manifestaciones, gestos) y en sus causas (carácter, motivo) nos conmuevan, nos afecten, susciten en nosotros espectadores placer o dolor. La simpatía es una forma de experiencia, y, si somos más estrictos, la única forma o por lo menos la superior desde el punto de vista de Hume, quien cita a Horacio: 'El semblante humano toma prestadas las lágrimas y las sonrisas del semblante humano',

¹⁹ *Tratado*, Sc. V, SB 179.

²⁰ *Disertación*, Sc. I No. 3, SB 140.

para plantear que "si aislamos a una persona vemos que pierde todo goce, excepto los de la naturaleza sensual o especulativa, y ésto es así porque los movimientos de su corazón no son producidos por los movimientos correspondientes de sus semejantes"²¹.

La simpatía, particular constitución de nuestra mente que nos conduce a vincularnos a los sufrimientos y alegrías de otros como si fueran propios, intensifica las emociones que habitan en nuestro interior; es la propensión que tenemos para recibir por comunicación maquínica, por contaminación y contagio las inclinaciones y sentimientos de otros así sean contrarios a los nuestros y ponerlos a vibrar al unísono. Si bien es un proceso instantáneo en el espectador, descomponerlo puede ser útil para comprenderlo mejor. Pueden distinguirse en él dos momentos: en un primer momento, a partir de gestos y movimientos, de actuaciones, de representaciones delante de nosotros, captamos la pasión que anima al otro; en un segundo momento, la idea capturada deviene pasión propia, afectación.

Ninguna pasión si está bien representada puede sernos enteramente indiferente porque no hay una de la cual el hombre no tenga dentro de sí, por lo menos, sus semillas y primeros principios (...) dondequiera encontremos la realidad nuestros espíritus están dispuestos a ser muy afectados por ella²².

Así, tenemos entrada directa a las experiencias emocionales internas de todos los hombres, y ello de una manera suave, natural e inadvertida.

Es bien sugestivo el movimiento de metáforas que propone Hume para hablarnos de la delicadeza de nuestra simpatía, como disposición a ser afectado: el teatro, la representación, la poesía, las noticias, la lectura de la historia, la elocuencia, la política. Por ello creo legítimo extender la noción de espectáculo a la esfera plena de la vida social, para resaltar que, como criterio determinante de los juicios morales acerca del carácter o la conducta humanas no

²¹ *Investigación*, Sc. V SB 179.

²² *Ibidem*. SB 180.

está movida por ideas o argumentos sino por pasiones, por afectaciones, y en ellas es tan poderosa la ficción como la realidad: se trata entonces de pensar esa naturaleza humana como contingencia, como resultado aleatorio, múltiples devenires narrativos, sin fundamento pero maquínica y escrupulosamente vinculados, solidarios, animados por una recíproca benevolencia, en tanto algo inhumano o sobrehumano -un monstruo apenas imaginable- sería para Hume un temperamento contundentemente egoísta o indiferente.

Creo que con lo dicho llego a la tesis central de mi indagación, que formularía en los siguientes términos: dado que Hume no menciona siquiera la razón práctica, y no quiere dejarnos al azar de las pasiones particulares, el punto de amarre de la moralidad (la posibilidad de distinguir con cierto acierto virtud y vicio y por ende ser felices, así como promover lo útil), está en la posibilidad de sentirse afectado -cuanto más, mejor- por la dicha o el dolor humanos.

Si debido a una fría insensibilidad o a un temperamento miserablemente egoísta un hombre permanece indiferente ante las imágenes de la felicidad o de la miseria humanas, debe ser igualmente indiferente respecto de las imágenes del vicio y de la virtud. Así como, por otra parte, se ve siempre que una cálida preocupación por los intereses de nuestra especie va acompañada de un delicado sentimiento por todas las distinciones morales²³.

Si bien es clara en Hume la apuesta por la bondad de la naturaleza humana, lo cual se pone de especial relieve en su crítica a los sistemas filosóficos que han querido enseñarle a ser feliz²⁴ o, llenarla de regulaciones y normas para reprimir sus pasiones²⁵, no

²³ *Ibidem*. SB 183.

²⁴ "De todos los infructuosos deseos del arte, ninguno es tan ridículo como el que se han propuesto los severos filósofos: la producción de una felicidad artificial y el hacernos disfrutar mediante las reglas de la razón y mediante la reflexión". HUME, DAVID, "El Epicureo" en *Disertación*, SB 197-198.

²⁵ "No importa cuál sea la pasión: puede ser desagradable, causar aflicción, melancolía o desorden; aún así es mejor que la insípida languidez que surge de la perfecta tranquilidad y reposo". HUME, DAVID, "Of Tragedy" en *Essays Moral, Political and Literary*. Eds. T.H. Green, T.H. Grosse, Longmans, London, 1875, vol. 1, p. 253.

por ello deja de preocuparle la presencia permanente de conflictos, choques e *indecorum* en el campo amplio de la sociedad así como en el más familiar de las relaciones sociales. Por ello justifica, en el primer caso el artificio de las leyes de la justicia y en el segundo, las reglas de las buenas costumbres y la buena educación.

Sin entrar en la disputa acerca de los grados de benevolencia o egoísmo que actúan en la naturaleza humana, sí reconoce que en su debilidad el sentimiento humanitario es el único sentimiento que puede servir de fundamento a cualquier noción de moral, porque, de una parte, como motivo, es común a todos los hombres y, por otra, como objeto, se refiere a la conducta de toda la especie. Su fuerza radica en que va moldeando el lenguaje moral, de manera que cuando los hombres usan epítetos como virtuoso o vicioso, expresa sentimientos que han de coincidir con los de los espectadores, razón por la cual, conmueve fibras simpáticas comunes; así se van inventando un conjunto de términos que sirvan para expresar en la conversación y en los discursos esos sentimientos expandidos, contagiados, "universales," (por habituales) de censura o aprobación; ese campo lingüístico se transforma en una serie de ideas y expectativas acerca del mutuo comportamiento²⁶.

Ahora bien, lo que se desprende de esa semilla de sentimiento humanitario, desde la simpatía hasta cierta posibilidad de control de las conductas particulares, pasando por la creación de un lenguaje común, sólo es posible si captamos la conformación de la naturaleza humana como cultural, como educación, o para decirlo con un término más estético, como espectáculo. Una imagen que Hume usa repetidas veces en sus disquisiciones morales es la del fuego, para referirse a la forma de afección propia de la mente que la conduce a las distinciones morales: "ha de ser algo más o algo menos que un hombre, quien no se inflame en la llama común"²⁷ o, hablando de la jovialidad, "la llama se expande por todo el círculo y hasta el más sombrío y malhumorado es con frecuencia alcanzado por ella"²⁸; ahora bien, entre el germen y su despliegue fabuloso, el intermedio, el vehículo no es otro que el aire en-

26 Cfr. HUME, DAVID, *Investigación*, Sc. IX SB 221-222.

27 *Investigación* Sc. VIII SB 224.

28 *Ibidem*, Sc. VII SB 203.

rarecido pero pululante de pasiones que es la convivencia social, el teatro del mundo.

Las preferencias y las distinciones morales habituales surgen de la familiaridad que los individuos adquieren en la conversación y en el trato social, en el cual vamos ampliando la fuerza del nosotros, la inmediatez y evidencia de nuestro espectáculo privado, próximo, hacia la asíntota de una conversación universal; es evidente en Hume la valoración de la narrativa social en la conformación de una identidad moral y en la construcción de una teoría ética. De una parte, vivimos para representar un personaje digno de alabanza, aprobado por otros en el contexto de una cultura compartida; las virtudes privadas son inmediatamente agradables a nosotros mismos en tanto en cuanto nos preservan de ser considerados por los otros como estúpidos, es decir como seres ineptos para sacar el mejor partido de las circunstancias en las que actuamos. Elementos concomitantes de esa valoración son la belleza y la riqueza, que si bien no se aprecian por sí mismas, sí por la forma de vida a que se asocian en la imaginación de los espectadores, la posibilidad virtualmente infinita de satisfacción de los deseos. Asimismo, hay

un conjunto de cualidades mentales, que sin ninguna utilidad o tendencia a otro bien para la comunidad o para su poseedor, difunde satisfacción a los que lo tienen y procuran amistad y respeto. Su inmediata sensación es agradable a la persona que las posee. Los demás se ponen del mismo humor y captan el sentimiento por contagio o natural simpatía, y como no podemos evitar amar lo que nos agrada, surge una benévola emoción hacia la persona que comunica tanta satisfacción. Su presencia constituye un animado espectáculo (...) ²⁹.

Pero, de otra parte, el peligro de la vanidad y el orgullo, productos de ese placer inicial de nosotros mismos -cuando somos espectáculo y a la vez espectadores- exige la construcción de nuevas ficciones que se han de adicionar a las requeridas por la utilidad personal y común -leyes de justicia-. Se trata de las buenas maneras, que permiten un trato fluido de los espíritus y eliminan obstáculos en la conversación.

²⁹ *Ibidem.* Sc. VII SB 203.

Entre la gente bien criada se finge una mutua deferencia, se disimula el desprecio por los demás, se oculta la autoridad, se presta atención a cada uno a su vez, se mantiene el curso de la conversación sin vehemencia, sin interrupción, sin ansia de triunfo ni aires de superioridad³⁰.

Estos decorados, resultan en una escenografía y en un montaje inmediatamente agradables a los demás, afectan el gusto y el sentimiento, como las buenas tragedias, y son fuente segura de aprobación, de valoración del mérito personal. Mejor aún si se hallan acompañados de ese "no se qué" que adorna la conducta de una persona con una "magia oculta" fascinante *per se*:

Además de todas las cualidades *agradables*, queda aún algo misterioso e inexplicable, que produce una inmediata satisfacción al espectador, pero que éste no puede pretender determinar cómo, por qué o en base a qué. Hay una conducta (*manner*) que algunos hombres poseen, que es muy diferente a la belleza externa y el buen aspecto (*comeliness*) y el cual, sin embargo, prende nuestro afecto casi tan repentina y poderosamente³¹.

Hasta aquí, el espacio en el cual en la vida diaria se estiman las cualidades propias y ajenas, tal como se enuncia en el epígrafe del presente estudio y en lo que a continuación añade Hume para hablar del flujo y reflujo del placer y la valoración entre actores y espectadores. Utilizando el ejemplo del hombre rico nos pone delante la velocidad y riqueza del espectáculo:

El placer que un hombre rico obtiene de sus posesiones causa en el observador placer y aprecio, por reflejarse en su mente; a su vez, estos sentimientos aumentan el placer del poseedor, cuando advierte que son percibidos y que se simpatiza con él y, al ser una vez más reflejados, se convierten en nueva fuente de placer y aprecio en el observador³².

Para Hume, la más perfecta moral que conocemos, es ese despliegue de la fuerza de mucha simpatía; así, no resulta pertinente plantear la cuestión de si vivimos más para el espectáculo social que para el interno o viceversa; a mi juicio se

30 *Ibidem.* Sc. VIII SB 211.

31 *Ibidem.* Sc. VIII SB 216.

32 HUME, DAVID, *Tratado II*, II. Sc. 5 SB 365.

trata más bien de un interjuego desde el cual se desdibujan las fronteras interioridad-exterioridad; esta hipótesis puede avalarse en la idea de sujeto como constructo de ficción tras el cual no podemos hallar más que un haz de impresiones y de pasiones, pero en el cual necesitamos creer para vivir.

Pensando en la ética, en la reflexión filosófica sobre la moral, Hume a lo largo de la *Investigación* ha sugerido varias veces que sólo la obstinación y la vanidad ha obligado a sospechar del origen y fundamento que la experiencia del hombre común adjudica a las distinciones morales. Sin embargo, en un texto titulado "Del escribir ensayos" a mi juicio da luces significativas para entender que no está renunciando a la labor de indagar acerca de las operaciones de la mente, sino más bien sugiriendo una nueva vía para abordar los problemas de una "ciencia" de la naturaleza humana.

La porción refinada de la humanidad, la que no se halla inmersa en la vida animal, sino emplea sus fuerzas en las operaciones de la mente, puede dividirse en dos grupos: el de los doctos (*learned*) y el de los conversadores (*conversible*). Los doctos son tales, que han escogido para sí las más altas y difíciles operaciones de la mente, que requieren ocio y soledad y no pueden perfeccionarse sin una larga preparación y trabajo. El mundo de los conversadores, se liga a una disposición sociable, un gusto por lo placentero y una inclinación a un ejercicio del entendimiento más fácil y suave, a obviar reflexiones acerca de los asuntos humanos y los deberes de la vida cotidiana, a la observación de los defectos y perfecciones de los objetos particulares que les rodean. En estos temas del pensamiento no es suficiente el trabajo solitario, se requiere la compañía y la conversación de nuestros semejantes para el adecuado ejercicio de la mente. Y ésta une a la humanidad en sociedad, donde cada uno expone sus pensamientos y observaciones de la mejor forma que pueden recibiendo y dando información y placer³³.

Introduce esta diferencia para lamentarse de la situación de su época, marcada por la separación de los dos mundos, lo cual aprecia como perjudicial para ambos, pues de una parte, la conver-

³³ HUME, DAVID, "On Essay Writing", en *Essays Moral, Political and Literary*. *Op. cit.* Vol. II, p. 367.

sación social requiere de la república de las letras para hallar tópicos interesantes y capaces de entretener a seres racionales, lo cual es imposible sin recurrir a la historia, la poesía, la política y la filosofía; de otra, la erudición ha perdido al quedarse encerrada en claustros y academias, separada de la compañía mundana, por cuanto sus productos se tornan totalmente bárbaros al ser cultivados por hombres sin gusto, sin maneras, sin la libertad y agilidad de pensamiento y expresión que sólo se adquieren en la conversación. Dice:

¿Qué se puede esperar de hombres que nunca consultan la experiencia en ninguno de sus razonamientos, o que nunca la han buscado en el único lugar en que puede hallarse, en la vida común y en la conversación?³⁴.

Creo, dos siglos después, que la separación se ha mantenido y quizás reforzado; su diagnóstico incita, a la investigación filosófica acerca de la moral, a proponer incursiones más allá de sus instituidas fronteras, así como a acoger transeúntes de otros territorios, para ampliar el círculo de la conversación, permitir que emerjan nuevos conceptos y perspectivas, pero sobre todo para animar afecciones en los investigadores, suscitar placer y diversión en el propio quehacer.

Hume como ensayista se piensa a sí mismo como un embajador entre las dos porciones del mundo inteligente y aporta algunos elementos para tener en cuenta en este tipo de aventura:

considero mi deber constante promover una buena correspondencia entre estos dos Estados que dependen tanto entre sí (...) los materiales de este comercio los proveen principalmente la conversación y la vida ordinaria; la elaboración de ellos, pertenece solamente a los doctos...Mi comisión no se extiende más allá de desear una liga ofensiva y defensiva contra nuestros enemigos comunes: los enemigos de la razón y la belleza, la gente con mente opaca y corazón frío³⁵.

Sin pretender ahondar en la propuesta, quiero poner un énfasis final, muy humeano pero asimismo muy actual: la experiencia

³⁴ *Ibidem*, p. 368.

³⁵ *Ibidem*, p. 369.

muestra que siempre hallamos juntos entendimientos sólidos y delicadas afecciones. Una sugerencia, entre muchas, de la vecindad ética-estética.